

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

(continuación)

¿Poesía? ¿Realidad?

En una u otra suposición seamos cautos.

Goethe, en sus años de madurez, tuvo siempre como norma de vida, la costumbre de transformar en imagen o en creación poética sus tormentos, sus euforias, sus preocupaciones; con esto (adelantándose a los consejos clínicos de Freud y de la escuela psicoanalítica) buscaba el descargue de sus propias ideas obsesivas, lo que le permitía, al mismo tiempo, rectificar sus conceptos de las cosas externas; con esta psicoterapia librábase de cualquier posible «acomplejamiento», para usar un término actual. Pero aquí no se trata de una «preocupación» de la cual Goethe quiera desprenderse por medio (seguiré usando los términos de hoy) del psicoanálisis. Al contrario: la creencia, o, más bien dicho su práctica en conocimientos *no sujetos a la ciencia positiva experimental*, trata de ocultarlos con cierto rubor de jovenzuelo sorprendido en una mala jugada. Se refiere a ellos, es

verdad, pero en forma casi indirecta, con circunloquios y argucias de dialéctico que no desea que lo tachen de falta de espíritu científico... Pero en cuanto a la psicología supranormal, ya es otra cosa. A cualquier fenómeno que involucre estos hechos, le da su total volumen; incluso los defiende, resbalando con frecuencia al campo de lo que hoy (de acuerdo con un término del Dr. Richet) se denomina *Metapsíquica*.

Refiriéndose a su abuelo materno el corregidor Juan Wolfgang Textor, cuenta, por ejemplo, en «Poesía y Verdad», dos casos de *clarividencia* de éste su ancestro. «Lo que aumentó hasta lo indecible el respeto que sentíamos por este venerable anciano—dice—fué la convicción de que poseía el don de predecir especialmente cosas que se referían a él mismo y a su suerte. A nadie se manifestaba tan clara y circunstanciadamente como a su abuela. *Todos sabíamos, sin embargo, que mediante sueños significativos era informado de lo que había de suceder.* Una vez aseguró a su esposa, cuando todavía pertenecía él a los consejeros municipales jóvenes, que en la primera vacante que hubiera en el banco de los regidores, él llegaría a ocupar el puesto. Y cuando realmente poco tiempo después uno de los regidores murió de un ataque de apoplejía, el día de la elección y escrutinio ordenó en la casa que se preparara en silencio todo lo necesario para recibir a los huéspedes y congratuladores; y, efectivamente, la bola dorada decisiva recayó en él. El sencillo sueño que le informó de esto, se lo reveló así a su esposa: se había visto en una ordinaria sesión plena de consejeros en la cual todo ocurría como de costumbre. De repente se levantó de su asiento el regidor que había muerto, bajó, y cortésmente, le

rogó que tomara el puesto abandonado y luego se dirigió a la puerta».

Aunque sea Goethe quien lo afirma, el hecho referido no tiene la necesaria autoridad para aceptar a pie juntillas que eso ocurrió del modo que se indica. Aquí los recuerdos del poeta pueden haberse confundido con su fantasía, confusión suficiente para diluir su aporte de seriedad experimental.

Con mayor razón se debe considerar, también, como sospechoso de *fantasía* el relato del *ex valet* de Goethe sobre las facultades de su señor para anunciar temblores de tierra ocurridos a gran distancia del punto de observación. Hay que tarjar esa prueba. Desde luego, todo «recuerdo» hecho valer por interpósita persona, pierde fuerza de convencimiento. El proceso de mantenerse intacto en su paso por dos mentalidades distintas no es tan fácil y debilita, para un examen serio, el valor probatorio del recuerdo referido. Por otra parte, en éste o en cualquier otro caso similar, un *valet* aunque esté al servicio de un genio no es presumible que sea a su vez «otro» genio y se acepte en consecuencia la observación suya—sin mayores exigencias de seguridad formal—en una materia en que sus elementos de juicio, han debido ser, es lógico suponerlo, escasos o muy precarios. El deseo de «*épater le bourgeois*», de impresionar al ingénuo, al tonto grave, al paleta, fué siempre un número «*hors concours*», pero de infaltable presencia en el cenáculo de los grandes hombres; sábese bien que en todos los tiempos la *sancta simplicitas* dió motivo para ésta y otra infinita clase de burlas espectaculares, que en su tiempo impresionaron como «verdades» incuestionables. Para que a una observación de naturaleza supranormal, pudiera dársele importancia de «hecho

positivo», habría tenido que estar desde un principio bajo el control de hombres de ciencia; y no sólo eso, sino que de la misma manera—esto es, seriamente certificada—pasar a la información del memorialista encargado de relatarla por escrito. Caminando por la carretera de Erfurt, sin otra exigencia probatoria que el simple recuerdo, es muy fácil que un *valet* se torne romanceador y poeta, tratando de imitar con la distancia que va del símbolo a la caricatura, la fantasía narradora de quien un día fuera su amo.

Pero lo neurálgico de este asueto es que Goethe vuelve y vuelve cada vez que puede, con insistencia que el ensayista no podría desvalorizar sin caer en grave falta de *sindéresis*, a preocuparse del fenómeno de las facultades supranormales propias y ajenas, facultades de las que no tiene, a nuestro entender, duda ninguna.

«Conozco una escena de ópera—le dice Eckermann—en la cual dos amantes que habían estado mucho tiempo separados, a larga distancia, se encuentran juntos sin saberlo en una habitación oscura. Mas, al poco tiempo de estar juntos comienza a obrar la fuerza magnética; uno adivina la presencia del otro, se sienten mutuamente atraídos, y al poco tiempo la muchacha está en los brazos del mancebo».

A estas palabras, Goethe le responde a su amigo con una observación propia:

—«Entre amantes esta fuerza magnética tiene mayor intensidad y hasta obra a distancia. En mis años juveniles me ocurrió en bastantes casos de ir paseando solo, sentir de pronto un deseo vehemente de ver a la mujer amada, y al poco tiempo de pensar en ella se me aparecía... Sentíame inquieta en mi habitación (decía ella) no sé por qué tuve que venir aquí».

Y añade, explícito, para confirmar su punto de vista: «Recuerdo un caso de los primeros años de mi estancia en Weimar, donde tuve una pasión amorosa. Acababa de hacer un viaje bastante largo y ya habían pasado algunos días desde mi regreso; pero mis quehaceres en la Corte impedíanme visitar a mi amada. Además como nuestras relaciones, luego de iniciarse atraieron la atención de la gente, yo tenía reparo en visitarla a la luz del día para no dar pábulo a las murmuraciones. Pero a la cuarta o quinta noche no pude resistir más, y antes de que me hubiera dado cuenta de ello me eché a caminar hasta que arribé delante de su casa. Subí silenciosamente la escalera, y me disponía a entrar en su habitación, cuando oí diversas voces que me indicaban que no estaba sola. Volví a bajar sin que nadie lo notara y pronto me hallé de nuevo en las calles oscuras, que entonces no tenían iluminación alguna. Durante una hora, disgustado y apasionado, recorrí la ciudad en todas las direcciones, pasando siempre de nuevo por delante de su casa, con el pensamiento lleno de la amada. Había adoptado por fin la resolución de retirarme a mi cuarto solitario, cuando al pasar una vez más por delante de su casa, vi que no tenía luz. «Habrá salido —me dije—. Pero ¿dónde habrá ido en esta noche tan oscura? Y ¿dónde podré encontrarla? Volví a recorrer varias calles, encontre muchas personas y resulté a menudo chasqueado, porque creí reconocer su figura; pero al acercarme veía que me había equivocado. Ya entonces creía firmemente en la posibilidad de una acción mutua a distancia y en que, deseándolo vivamente, lograría atraerla. También me creía rodeado de seres de naturaleza superior, a quienes suplicaba que guiasen sus pasos hacia mí o los míos hacia ella.

«Pero, ¡qué insensato eres!—me decía a mí mismo— ¡no quisiste probar una segunda vez verla en su casa y ahora pides milagros!

«Entretanto había bajado a la explanada y había llegado hasta la casita en que más tarde viviría Shiller, cuando se me ocurrió retroceder hasta el palacio para tomar allí a la derecha una pequeña calle. Apenas había andado cien pasos en esta dirección, cuando vi venir hacia mí una silueta de mujer totalmente semejante a la esperada. En la calle, de cuando en cuando salía de alguna ventana el pálido parpadeo de una luz, y como esa noche me engañé varias veces con la aparente semejanza de otras transeuntes no me sentí con valor para hablarle sin tener la certeza de que era ella. Pasamos tan cerca uno de otro, que nuestros brazos se tocaron; me paré y volví la vista atrás; ella también. «¿Es usted?»—dijo, y reconocí su amada voz. «¡Por fin!»—exclamé yo, y la alegría casi me hizo derramar lágrimas. Nuestras manos se asieron. «Mis esperanzas no me han engañado—seguí expresándole—. La he buscado a usted con la mayor ansia; un presentimiento me decía que iba a salir a mi encuentro, y ahora soy feliz y doy gracias a Dios porque así ha sucedido». «Pero, mala persona—me respondió— ¿por qué no ha venido? Hoy supe casualmente que hace tres días ha regresado Ud. y he llorado toda la tarde porque creí que me había olvidado. Luego, hace una hora, hizo presa en mí un gran deseo de ver a Ud. y una inquietud que no puedo describir. Estuvieron conmigo dos amigas, cuya visita duró una eternidad. Por último, cuando se hubieron ido, cogí involuntariamente mi sombrero y mi capa y sentí un impulso irresistible de salir al aire, a la obscuridad, sin saber

a donde. Pensaba siempre en Ud., y sentí que tenía que encontrarle».

«Mientras me hablaba con aquella efusión cordial estábamos asidos de las manos, nos estrechábamos y nos dábamos a entender que la ausencia no había enfriado nuestro amor. La acompañé hasta la puerta, y luego subimos a su casa. Me precedía por la escalera oscura sin soltar mi mano y arrastrándome casi. Mi dicha era indescriptible, no sólo porque al fin la había visto, *sino porque mi creencia no me había engañado y mi sentimiento de una acción invisible no me había defraudado*».

¡Su sentimiento de una acción invisible! He aquí el talón de Aquiles. Al sentir la flecha de lo «numinoso» este pagano, este griego de clásica serenidad, tiembla, siente vértigos, herido se bambolea sobre sus pies de fauno y gira hacia el Misterio como una aguja de imán atraída por el polo magnético.

Este sentimiento especial, lo induce a muchas «entregas». Sus *apercepciones*, esto es el grado de conocimientos más complejos que el de la simple percepción, lo inducen a multiplicar por muy elevadas cifras, consciente o inconscientemente, hasta sobrepasar la medida de sus explicaciones posibles, los datos registrados por su razonamiento lógico.

Refiriéndose en «Poesía y Verdad» a su amor con Federica von Sesenheim, nos da, incluso, de referencias, algunos recuerdos sentimentales, arquitecturados sobre vagas imágenes deslustradas por el tiempo, y que es lo más probable que hayan aflorado del subconsciente a la realidad de los hechos por el trabajo barrenador de una idea fija o la fuerza introvolcada de la autosugestión que estremeciendo dormidas ilu-

siones, lo hizo creer en algo que nunca había ocurrido. Hablando del día en que hubieron de separarse, refiere: «En el tropel y confusión no pude prescindir de ver una vez más a Federica. Habían sido días amargos cuyo recuerdo no me ha quedado. Cuando ya a caballo le alargué la mano, ella tenía lágrimas en los ojos y yo estaba muy desconsolado. Después tomé el camino hacia Drusenheim y con esto me sobrecogió uno de los más singulares presentimientos. Vi, no con los ojos del cuerpo sino con los del espíritu que yo venía a caballo por el mismo camino en dirección contraria y llevando un traje como nunca lo había usado; era de color pardo con algo de oro. Tan pronto como sacudí este sueño, la figura desapareció. Cosa notable es que ocho años después, llevando, no intencionalmente, sino por casualidad, el mismo traje que había soñado, me encontré en el mismo camino yendo a visitar una vez más a Federica. Por lo demás puede reflexionarse sobre estas cosas como se quiera; en lo que se refiere a mí, la maravilla ocurrida me dió un poco de tranquilidad en aquellos momentos de nuestra separación».

En todo lo antedicho—insisto—el ensueño envuelve a la realidad; el milagro al orden natural; la poesía a los lineamientos de una escena lejanamente parecida. Pero es que en Goethe, debemos apartar sus observaciones de sabio de sus inquietudes de soñador, o, dicho con más exactitud, de sus renuncios de filósofo panteísta...

¿No había dicho el autor del *Tratado Teológico-Político* que «un milagro no puede dar idea más que de un poder limitado, por grande que se le suponga», y, por lo mismo «es imposible remontarse de un efecto de esta naturaleza a la existencia de una causa infinitamente poderosa?

Es verdad que Goethe no se pronuncia sobre *la causa* de sus propias experiencias y en esto se atiende, a las enseñanzas de Spinoza: «Lo más que puede inducirse es que hay una causa superior al efecto inducido».

¿No va más allá? ¿No mezcla esta filosofía del «límite inviolable» a una con menos límites, más amplia y, por lo tanto, más confortadora?

Vamos a verlo.

EL EMBRUJO DE ORIENTE

Hasta el siglo en que nació Goethe la información de los hombres más cultos de Europa—Bayle, por ejemplo (1)—respecto a la historia, religión y doctrinas teológicas de los hindúes era nula casi en absoluto. Basta consultar el *Ensayo sobre las Costumbres* de Voltaire (2) o lo que nos dice el mismo autor en su *Diccionario Filosófico* al hablar de los «brahmanes», para que por deducción nos demos una idea de la supina ignorancia que existía en los países occidentales respecto de la tierra de Sddharta Gautama, el Buda, y de todo el Oriente legendario.

No obstante, en la segunda mitad del siglo en que nació Goethe esta información deficiente se aclara, en grandes trechos, con extraordinaria luminación. El 15 de marzo de 1762, Abraham Anquetil-Dupe-

(1) Cfr. Pedro Bayle: *Dictionnaire historique et critique*

(2) Cfr. *Dictionnaire philosophique*, art. «brachmanes» y «Ezour-Veidam» y los cap. III y IV de *l'Essai sur les Moeurs et l'Esprit de Nations etc.* La crasa ignorancia que demuestra Voltaire sobre los temas hindúes a que estos escritos se refieren, debe achacarse a la falta de información que en aquellos tiempos había en Europa con relación a los países orientales y no a la superficialidad del risueño polígrafo.

rron deposita en la Biblioteca Real de París los escritos sendos del código religioso de Zoroastro, que, él, modesto empleado de la *Compañía de las Indias* había logrado adquirir, después de una verdadera odisea de investigador acucioso, de manos de unos sacerdotes parsis, en la ciudad de Surata, provincia de Bombay. Con esto una gran luz venida del Oriente iba a proyectarse en el estudio de las religiones comparadas, que tanto preocuparía, de ahí en adelante, a los eruditos germanos inclinados a los estudios exegéticos.

Tiempo más tarde, en 1789, aparece en Calcuta, en lengua inglesa, la primer versión occidental de *El Reconocimiento de Sakuntala*», drama del poeta hindú Kalidasa, que provoca extraordinaria emoción en el mejor público europeo. Tratábase en este caso, excepcionalmente, de un traductor digno del mayor respeto, pues sus conocimientos del idioma sánscrito dábanle una extrema autoridad en esas materias. En efecto, Sir William Jones—el traductor—desde sus días de estudiante en la Universidad de Oxford puso todo su entusiasmo en el estudio de las lenguas orientales, y era todavía un mozo de apenas veintiocho años cuando dió a la publicidad enjundiosos comentarios sobre la poesía asiática (1), preliminar de sus trabajos de grande envergadura en este campo de la investigación literaria. Como premio a tales esfuerzos juveniles, el gobierno inglés lo nombra por aquellos días «juez integrante» de la Suprema Corte de Justicia de la India, con residencia en Calcuta. Y es aquí

(1) Los *Commentaries on Asiatic Poetry* de William Jones fueron publicados en 1774, y los dedicó, precisamente, a la Universidad de Oxford, donde hiciera los estudios básicos que más tarde iban a servir a sus investigaciones de orientalista.

donde funda la primera sociedad de orientalistas hindúes y europeos, iniciando la ya rica serie con que hoy se honra la cultura filológica.

Al año siguiente de aparecida la edición inglesa de *Sakuntala* impresa en Calcuta, se imprime otra en Londres, con pequeñas modificaciones. Es esta última la que sirve de texto a Förster para traducir a Kalidasa al alemán (1).

En la edición de Förster, impresa en 1791, Goethe se asoma arrobado a esa selva, virgen para él, de la literatura hindú. Lo que sintiera entonces, bien lo sabemos ahora porque no lo ocultó a nadie y lo dijo en versos ya mil veces repetidos:

Willst du die Blüthe des fruhen, die Früchte des
spätern Jahres,

Willst du was reizt und entzückt, willst du was
sättigt und nährt

Willst du den Himmel, die Erde, mit einem Namen
begreifen

Nenn ich Sakuntala dich, und so ist Alles gesagt.

(Quieres las flores primaverales, y los frutos del
otoño?

¿Quieres lo que encanta y arrebatata? ¿Quieres lo
que alimenta y satisface?

¿Quieres en un solo nombre abrazar el cielo y
la tierra?

¡Yo te llamo Sakuntala y con esto te lo he dicho
todo!)

(1) La traducción francesa del citado drama de Kalidasa se hizo, también, utilizándose el texto de Jones impreso en Londres, pero sólo tres años más tarde, es decir en 1803.

Es lógico suponer en un hombre del apetito intelectual de Goethe, que esta gula por las novedades literarias y filosóficas llegadas a Europa del lado del Ganges que así provocaban su entusiasmo no se detuviera en la periferia del apasionante tema de la India y se contentara con sólo escribir, para el desbordamiento de su emoción, los versos que acabo de citar. Su idiosincracia de humanista integral exige que supongamos en él una actitud de anhelosa atención en el tema propuesto por los pueblos del Mundo Antiguo en ese momento de la Historia en que comenzaban a descorrer, para los europeos, el velo de su cultura opulenta. Porque estos hechos respecto al código religioso de los parsis y a los estudios hinduístas de William Jones, no son esporádicos en el tiempo en que ocurren, sino que van eslabonándose con rapidez en un verdadero encadenamiento de inquietudes análogas. Luego vendrá Napoleón y su aventura en tierras del Nilo, y entonces la egiptología, en premio a la belleza del gesto, crecerá a modo de un bosque de ciencia y sorpresas admirables. Entre las últimas décadas del siglo XVIII y el curso del siglo XIX, puede decirse que el Oriente clásico y la India son prácticamente diseccionados de un extremo a otro de su geografía exótica por un semillero de arqueólogos, puestos a la tarea de rastrear el pensamiento y el arte de los pueblos desaparecidos, a través de los milenios, en ese ámbito del mundo. Grecia y Roma, con el espíritu de sus obras, habían sustentado la gloria del Renacimiento italiano. La India y Egipto iban a precipitar ahora sobre los carriles de la «ilustración» diciocesca, primero; y el «Cientismo» de la Edad Contemporánea, después, un proceso revisorio de la Antigüedad—sistemas políticos, religiosos, principios estéticos, etc.—

en una verdadera confrontación de valores, para acercarse cuanto fuera posible a los orígenes de nuestra propia civilización.

Es probable, por lo que digo, que el humanista del Weimar haya conocido los papeles de la «Transactions», estudio y comentarios, ricos en informaciones múltiples sobre la cultura India, auspiciados por la *Asiatic Society*—fundada por William Jones—. Bajo la inmediata dirección de él, esos trabajos, reunidos en varios volúmenes, constituyeron la más seria fuente de información sobre la filosofía y la literatura sánscrita realizada hasta aquel entonces (1), y Goethe no ha podido ser ajeno al deseo de beber en ella. Por otra parte, Federico Schlegel, contemporáneo de Goethe, fué propagandista de esta clase de estudios en Alemania, estudios que el mismo culminara en 1808 con su trascendental trabajo sobre la lengua y la filosofía de los hindúes que abrió el camino a los estudios de gramática comparada.

Que Goethe tenía informaciones de todo esto, resulta incuestionable; pues—como dije hace poco—coincide en varios puntos de su concepción panteísta del Universo con ideas que son comunes a ciertas creencias hindúes y a la filosofía vedanta. En este camino su espíritu parece atraído tanto por la irradiación del pensamiento indo como por los mirajes de la metafísica; aunque la personal actitud de su espíritu, la más sostenida, es no aceptar el engaño de las bellas lucubraciones. Comprende donde están los límites de la inteligencia y los señala con cierto

(1) Los volúmenes de «Transactions», publicados bajo la égida de William Jones, constituyen en la actualidad una de las curiosidades bibliográficas más perseguidas por los orientalistas, y su valor es inapreciable.

dolor de arcángel herido: «Para saber con precisión alguna cosa—argumenta en voz alta—sería necesario saberlo todo... ¡Ah, si conociéramos bien nuestro cerebro y el lazo que lo une a Urano y los millares de hilos entremezclados sobre los cuales pasa y vuelve a pasar el pensamiento! Pero no tenemos el sentir de los relámpagos del pensamiento sino en el momento en que nos impresionan. No conocemos más que los ganglios, las partes exteriores del cerebro; de su naturaleza íntima no sabemos nada, por decirlo así. ¿Qué queremos, pues, saber de Dios?»

Pero la ambición de saber no puede detenerse ante esas vallas por gigantescas que ellas sean. De aceptar tales límites, el espíritu se ahogaría víctima de su propia angustia. De ahí la Metafísica; de ahí la fe en los dioses; de ahí, también, el razonamiento insobornable de los místicos y los teólogos que buscan en la pura atmósfera de las ideas abstractas el camino para llegar a una zona de luz...

Por eso su mente, desde los años de su temprana juventud, vive asaeteada, de interrogaciones de inquietudes, de vislumbres... «No busquemos las pruebas de lo que no es susceptible de ser probado—dice—porque de otro modo dejaremos en nuestra pretendida construcción científica testimonios de nuestra insuficiencia que la posteridad descubrirá pronto o tarde. Donde la ciencia basta, la fe es inútil; pero donde la ciencia pierde su fuerza y parece insuficiente, no deben disputarse sus derechos a la fe».

(continuará)